

ORACION FUNEBRE

DEL

ILMO. I RMO. ARZOBISPO DE BOGOTA,

SR. DR. MANUEL JOSE MOSQUERA I
ARBOLEDA,

PRONUNCIADA EN LA IGLESIA PARROQUIAL

DE

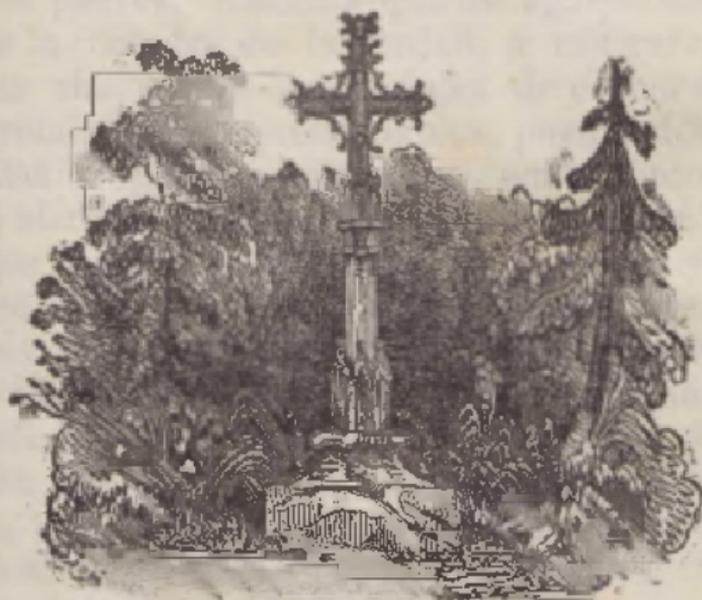
SANTA BARBARA DE BOGOTA,

I DEDICADA AL INSTITUTO DE CRISTO,

POR

EL DR. PAULINO A. OLIVOS,

CURA INTERINO DE LA CATEDRAL.



BOGOTÀ.

IMPR. DE ESPINOSA.

1854.

ORACION FUNEBRE, &c.

Versum est in luctum gaudium nostrum.

Nuestro gozo se ha convertido en llanto.

SEÑORES:

¿Porqué ha cambiado este templo sus adornos de gloria i alegría por ese triste i funerario manto? I el órgano festivo, ¿porqué torna sus tonos melodiosos en roncacas i sepulcrales voces? I vosotros, invictos sacerdotes, i fieles denodados para confesar la fe de vuestros pãdres, vosotros que os agolpabais al rededor de la cátedra de la verdad, a mitigar la sed de vuestras almas con los raudales de divina elocuencia que brotaban de aquellos labios, purificados como los de Isaías con el contacto del fuego sagrado, ¿porqué se han abatido vuestros semblantes? porqué veo vuestros ojos humedecidos con el llanto?—Sí, ya escucho tambien el eco infausto de la desgracia que ha herido vuestros oídos desde la culta Europa: una nueva... tan triste como los jemitos de la encina fuertemente sacudida en los bosques por la furia de la tempestad, tan horrísona como el formidable estallido del trueno, tan inesperada como el anuncio de nuevos infortunios, tan rápida i sorprendente como el golpe súbitaneo del rayo, ha vestido de luto nuestros templos, i difundido la consternacion en todos los ángulos de la República. La campana sonora, que retrata en sus vibraciones los afectos del corazon humano, ha tornado tambien en dolorosos acentos los alegres

sonidos con que suele convidar a la celebracion de los misterios divinos, i parece que escuchamos la voz de un mensajero de la Muerte que repite en todas partes estas tristes i lúgubres palabras: *El ilustrísimo Señor Manuel José Mosquera, Arzobispo de Bogotá, consumó su doloroso sacrificio: tocó al término de su mortal carrera mas allá de los mares, lejos del suelo querido de su patria.*

El 10 de diciembre de 1853 pasará a la memoria de las jeneraciones venideras en la Nueva Granada, como un dia infausto i aciago: en él perdimos al Pastor amante, al Padre cariñoso, i al consolador de nuestra Iglesia en medio de sus terribles combates. Marsella vió extinguirse la antorcha de su vida en las orillas del Mediterraneo, defendiendo los sagrados derechos de su Iglesia.

¡O esperanzas de los míseros mortales! cuan grande es vuestra inestabilidad! Con razon os comparaba el grande escritor de la Francia con una flor que nace en los desiertos, cuyo boton se forma, i cuyo caliz nunca se abre! O Dios eterno! cuan diversos son de los pensamientos de los hombres vuestros designios inescrutables! Cuando la grei desolada ansiaba por el regreso de su Pastor idolatrado; cuando le alhagaba la fementida esperanza del completo restablecimiento de su preciosa salud; cuando cada uno meditaba las espresiones mas vivas i patéticas para pintarle su amor i gratitud; cuando la Capital i todos los pueblos del Arzobispado suspiraban por la aurora de aquel fausto dia, en que le vieran presentarse en la hermosa llanura de Bogotá, para correr al encuentro de su padre comun, estrecharle entre sus brazos, i conducirle a su palacio en medio de los videntes de un inmenso concurso, i del alborozo de un pueblo, apreciador entusiasta de sus sublimes virtudes; ¡quien pudo creer que entonces llegara hasta nosotros de repente la infausta nueva, que enturbió nuestro gozo, rompió el bello tejido de nuestras ilusiones, cam-

vió la risa en llanto, la esperanza en triste desengaño, i albergó el dolor en nuestros corazones en el lugar que tenemos preparado para la ventura! Huérfano i enlutado rebaño, ¡ya no vereis jamas el rostro de vuestro padre! ha desaparecido de esta tierra de maldicion, i descansa en el seno de Dios. ¡Dolor! dolor acervo! que con mano de hierro oprimes nuestro sensible pecho, nunca concedas tregua a nuestro llanto, que nuestros ojos broten un torrente de lágrimas, que se conviertan en manantial perenne, i que no descansen ni aun cuando el dulce sueño nos convida a dar reposo a los fatigados miembros: no descansen tampoco, pupilas de mis ojos, no descansen, dad salida a la amargura que oprime nuestras almas, i haced ver a los enemigos de la Iglesia Católica, que si obtuvieron el triunfo ignominioso de privarnos de un padre, nunca conseguirán ahogar nuestros jemidos, ni cegar la fuente de nuestras lágrimas.

El llanto... ved aquí la única ofrenda digna, el único tributo que podemos pagar a la memoria veneranda del ilustre Prelado de esta Iglesia aflijida: empero, no aguardemos que viertan una lágrima aquellos seres desgraciados, cuya sensibilidad han agotado los excesos de una vida malgastada en los crímenes, no lo aguardemos, porque sus corazones no son la morada del *sublime dolor*, de ese sentimiento indefinible i dulce, que caracteriza las almas elevadas, a quienes abriga en su regazo púdico la esposa immaculada, i a quienes ha nutrido con la leche de sus virjinales pechos, con la doctrina de la vida eterna; de cuyo inapreciable tesoro solo ella tiene la llave, solo ella es dispensadora, porque ella sola conserva inviolable el tálamo del esposo, con el nombre de Iglesia Católica, Apostólica, Romana, cuyo glorioso timbre jamas le disputarán las sectas heterodojas. ¡I cómo aguardaríamos lágrimas de aquellos pechos, que no son otra cosa sino la fragua de dañinas pasiones, el foco de los furioses de la discordia, i la caverna tenebrosa donde braman las tem-

pestades que azotan la nave de la Iglesia? El insensato mundo no compartirá nuestro dolor; porque es demasiado miserable para apreciar las bellezas morales, demasiado impotente para medir la sublimidad de la virtud.

Bien conozco, señores, que he puesto sobre mis hombros una carga que no pueden llevar; que he acometido una empresa superior a mis débiles fuerzas; i que mi limitado ingenio es incapaz de formar un elogio digno de las eminentes prendas del ilustre Prelado, cuya inmensa pérdida lamentamos: no se me oculta tampoco que debo entrar en batalla contra las pasiones de un partido; ¿pero quien ignora que un sacerdote de Jesucristo debe ser la trompeta de la verdad? La verdad desconoce el temor, la verdad hablará por mi boca, i pintará el crimen con sus negros colores, i la virtud con sus bellas facciones, i brillantes adornos. Empero, no penseis que en los estrechos límites de un discurso se pueda contener el elogio completo de un varon tan eminente, de un campeon tan denodado de la Iglesia Católica. Os confieso que quisiera soltar el vuelo a la imaginacion, i emitir los conceptos de la manera con que se presentan; pero es necesario sacrificar en obsequio del orden el fuego de la fantasía. Dividiré, pues, esta oracion en dos partes: la primera contendrá algunas pinceladas que representen los rasgos mas prominentes de las virtudes i cualidades que adornaron al ilustre proscrito, hasta el tiempo de su consagracion como Arzobispo de Bogotá: en la segunda os pintaré la exactitud con que llenó sus deberes episcopales, i el heroismo con que supo defender los sacrosantos derechos de la Iglesia contra las potestades de la tierra.

PRIMERA PARTE.

Cuando la muerte ha puesto término a la existencia de algun héroe del siglo, los sublimes ingenios i privilegiados talentos se adunan para prodigarle encomios sin medida: loores que la embustera fama reviste a

veces de formas colosales, i conduce en sus ruidosas alas hasta los mas remotos ángulos de la tierra, arrancando en su tránsito aplausos i aclamaciones del ignorante vulgo, que no se apercibe de que la imaginacion fogosa del poeta, o las riquezas del ingenio oratorio, pueden convertir los estériles riscos en veneros de oro, i los campos eriales en paraísos vestidos de odoríficas flores: ora nos representan al estúpido tirano como a un varon de la edad patriarcal, que con su cayado conduce a los pueblos por el sendero de la felicidad i de la paz: ora al guerrero impertérito, que hace morder el polvo a las huestes enemigas de la patria, huella la cerviz de su adversario rendido i suplicante, levanta trofeos a la fortuna, i ciñe sus sienes con los laureles de la victoria: ora al profundo político, que conmueve las masas populares, i que tomando por norte de sus operaciones los frios cálculos del sórdido interes, varía la forma de los gobiernos, constituye las sociedades a su arbitrio, dicta leyes, i fascina a los pueblos, haciéndoles soñar que se hallan en la cima de la opulencia, que marchan con pasos jigantezcos a la cumbre de la civilizacion i del progreso, cuando se hallan con un pié en el abismo de la barbarie i de la miseria. ¿I cuando es que la mentira no ha intentado engalanarse con el bello ropaje de la verdad? Cuando es que en esos ídolos de las naciones no se encuentran las asquerosas llagas de los desórdenes de la vida privada bajo el manto dorado de algunas proezas brillantes a la vista del mundo? ¿I cuando es que no se disimulan los mas negros borrones, en atencion a los rasgos hermosos que aparecen en los retratos morales de los grandes hombres? El mundo ama con delirio las ruidosas hazañas, las sangrientas batallas, i las virtudes fascinadoras i brillantes; no contempla sino las prominencias del cuadro, sin curarse de apreciar las pequeñas perfecciones: desprecia con frecuencia las virtudes privadas del sacerdote; porque a veces no tienen mas testigo que un ángel, ni otro remunerador que el Padre celestial, cuyos

ojos registran el insondable abismo del corazón humano, i leen con claridad los arcanos mas recónditos del entendimiento. Empero, para gloria de la Religión católica, podemos presentar al mundo en el Ilmo. Señor Mosquera, ya el hermoso verjel de sus cualidades privadas, ya los fúljidos diamantes de sus virtudes públicas.

No es mi intencion hacer mérito de las cualidades físicas con que la Providencia enriqueció al Ilmo. Señor Arzobispo, porque mi objeto esencial es daros a conocer las bellezas intelectuales i morales que brillaron en su alma pura, i que constituyen su grandeza imperecedera, i su gloria póstuma; sin embargo, al no haberle vosotros conocido, os diria que en su estatura recta i apuesta, en su frente prominente i despejada, en su mirada penetrante i perspicaz, i en todas sus facciones revelaba la sublimidad del talento, i la serenidad de la virtud: sus formas exteriores semejaban a uno de aquellos bustos que la antigüedad nos ha transmitido, i que representan al austero Romano en los tiempos gloriosos de la República. Superfluo me parece haceros mencion de su linaje, pues sabeis que descendia de padres condecorados con los mayores títulos de nobleza, i cuyas virtudes competian con la opulencia de su casa: tampoco necesito haceros observar que el Dios de las bondades parece se propuso hacer alarde de su munificencia, prodigando favores sin medida sobre aquella familia venturosa; sobre aquel árbol frondoso i encumbrado, cuyos renuevos no dejeneran, i cuya sombra ofrece a la virtud un asilo en su persecucion. ¡Qué intelijencias tan privilegiadas! qué fisonomías tan agradables i simpáticas! qué virtudes tan sólidad e ilustradas! Uno de los hermanos del ilustre Prelado abraza la carrera de las armas, milita gloriosamente bajo los pabellones de la patria, i ciñe su frente de laureles, que no se marchitarán apesar de la envidia de sus enemigos: el otro asciende hasta el último escalon de los puestos públicos, embelesa con su

arrobadora elocuencia a los Padres de la Patria en los cuerpos legislativos, con su probidad edifica a sus conciudadanos, que le premian con el título glorioso de Aristides de la Nueva Granada: su erudición profunda i sus talentos le hacen recomendable en el extranjero, i respetable en su propio país, hasta el punto de obrar el prodigio de poner un candado en la boca de la maledicencia i de la envidia: el otro le acompaña en el vientre materno, en los juegos inocentes de la infancia, en las tareas de la juventud, i por último en su lecho de muerte, exhibiéndose de esta manera como un noble modelo del amor fraternal; pero no creo rebajar los títulos de gloria de estos grandes varones, si aseguro que Manuel José escogió la parte mas dichosa, la herencia de los hijos de Dios: impávido i con seguros pasos marchó por la estrecha senda de la abnegación i del sacrificio, i aprendió las sublimes virtudes del Cristianismo a los pies del Dios crucificado, como Pablo la lei de Moises a los del anciano Gamaliel; no apeteció mas placeres, ni mas honores, ni mas delicias que la cruz de Jesucristo. ¡Popayan! venturosa ciudad! Tú que has tenido la dicha de arrullar en su cuna los famosos guerreros, los sabios eminentes, debes contar como tu mayor gloria la de haber visto nacer en tu seno a este mártir de la Religión!

Los primeros años de aquel grande hombre, no corrieron como suelen correr los de la juventud de nuestros días, en el ócio, padre de los vicios, ni en la disipación, corruptura de las buenas costumbres: se emplearon en el aprendizaje de los rudimentos de las ciencias, i en atesorar las grandes virtudes que florecieron en su adolescencia, i fructificaron en su edad madura. Los inocentes juegos de su infancia no eran sino preludios del alto ministerio a que la Providencia le habia destinado. ¡Qué modestia! qué compostura! qué piedad tan tierna i afectuosa! Qué obediencia i respeto a sus amados padres! Qué profunda veneración por las augustas ceremonias i majestad del culto cató-

lico! Era ya desde entónces, digámoslo así, el héroe en miniatura; era el grano de trigo, que no necesitaba para desarrollarse, jermínar i producir sus doradas espigas, sino la acción del tiempo, i la mano solícita del labrador: ese labrador fué su padre, que cultivó el férax terreno de su entendimiento con las semillas de la verdad, e inoculó en el corazón del lijo predilecto los jérmenes de la virtud, con la asiduidad que le dictaba la ternura del amor paternal, con la discreción que le aconsejaba la prudencia. ¿Hasta cuando, ¡oh padres indolentes! os persuadireis de que esos tiernos pimpollos, esos bellos arbustos, esos hijos de vuestro corazón no darán con el tiempo a la sociedad, sino frutos de muerte, semejantes a las semillas que desde la infancia hubiereis depositado en sus tiernas almas? Si en ellas inoculais el vicio, cosechareis espigas i amargura; si la virtud, el contento i la felicidad. Tened entendido que solo una cristiana educación puede corregir i estirpar las depravadas inclinaciones de la juventud, que no raras veces son precursores funestos de las desgracias domésticas.

Concluida ya su educación primaria, le condujeron sus zelozos padres a un acreditado colejio, para que diese ensanche a sus conocimientos, i desplegase su actividad esa colosal intelijencia, que no tardó en manifestarse por sus rápidos progresos en todos los ramos del saber: a la facilidad en concebir las ideas, reunia una consagración incesante a las tareas literarias, i bien pronto fué el asombro de sus concolegas; porque su raciocinio penetrante i profundo, tronchaba las dificultosas e intrincadas cuestiones de las ciencias filosóficas, con la facilidad con que el arado arranca la tierna planta que encuentra a su paso, en los campos que el labrador cultiva. ¿Qué diremos de los elogios que le merecieron sus talentos, i virtudes en aquel florido plantel de educación? El ilustrado Araujo, Rector de su colejio, i demas profesores, pudieron augurar desde entónces hasta donde levantaria su rá-

pido vuelo aquella águila tierna, que a la sazón conducían en sus alas, para ser conducidos en seguida por ella. No solamente hacía progresos en las ciencias: la piedad echaba también profundas raíces en su corazón: no buscaba otras distracciones para calmar el tedio que enjendran los trabajos mentales, sino la oración: la oración formaba sus delicias, y la oración hacía descender sobre su alma el rocío de la gracia. Jamás salió de su boca en aquella edad tan propensa al mal, una palabra menos decente, o menos pura: su recojimiento, el aire modesto de su rostro, y sobre todo su ferviente amor a las prácticas piadosas, eran pronósticos de que aquel joven llegaría a ser con el tiempo el justo, el mártir de la verdad católica, el baluarte donde se detendrían las soberbias corrientes del liberalismo, y el escudo que rechazaría las saetas emponzoñadas de la impiedad.

Terminada su brillante carrera literaria, y habiendo obtenido los grados académicos, cuando podía optar aun entre el mundo que le brindaba su copa envenenada, y el Cielo que le reclamaba por suyo, no vacila un momento, resuelve abandonarlo todo, y abrazarse solamente de la cruz de Jesucristo. Recibe las sagradas órdenes, y en su recepción vierte lágrimas, que fueron preciosas primicias de las que le quedaban por derramar en los tiempos luctuosos de sus posteriores años. Obtenido el sacerdocio se consagró con el mayor esmero al cumplimiento de las delicadísimas funciones de aquel formidable ministerio, en el cual se exhibió como un modelo cumplido de virtudes. ¡Oh sacerdocio! ministerio terrible! cuánta pureza exiges! cuántos sacrificios! cuántas virtudes! y cuán digno de encomios es el mortal dichoso que logra presentarse con un corazón puro en las aras del Dios de las batallas, y dirigir sus pasos con seguridad hasta la cumbre del monte santo! ¿Quién es el sacerdote? - es el varón heroico que lucha con el mundo, y desprecia sus emponzoñados placeres; que declara guerra intermina-

ble a las pasiones, i lidia con ellas hasta exhalar el último suspiro: es el hombre que se acerca a los altares del Dios tremendo, cuyo rostro reverencian las celestiales jerarquias: es el ministro que diariamente recibe en sus manos al Dios que aborrece la iniquidad, i que exige de sus siervos una virtud mas acendrada que el oro purificado con el fuego. ¿Quién es el sacerdote? es un ángel vestido de humanos miembros, que ejerce el oficio de medianero entre Dios i los hombres, mas zeloso de la gloria de Dios que Finees, mas obediente que Moises a las órdenes divinas, mas valiente que el Macabeo en las batallas de la fe. ¿Quién es el sacerdote? - es el varon adornado con la triple corona de ciencia, de piedad, i de temor de Dios; cuya pureza debe competir con la de aquel Patriarca a quien la envidia condujo como esclavo al Egipto; cuya alma debe ser tan cándida i brillante como el lampo de nieve de la montaña, i tan fuerte como el acero que se burla de la resistencia que le oponen los cuerpos: es un heraldo de la caridad, cuya beneficencia no reconoce otros límites que el alcance de sus propias fuerzas, que se priva tal vez hasta del pan necesario para su sustento, con el laudable objeto de socorrer al indigente i al menesteroso: es el hombre que con una ternura maternal corre presuroso a la cabecera del enfermo, i a la choza del moribundo para llevarles la gracia, los sacramentos, i el consuelo de sus aflicciones: es el santificador de las almas en el Tribunal de la penitencia, que con el bálsamo de sus sabios consejos cura en ellas hasta las cicatrices de las llagas que habian abierto los pecados. ¿Quién es el sacerdote? - es el cantor divino que la mano de Dios ha colocado en este oscuro valle de miserias i llanto, para que levante su corazon i sus manos al Cielo, i entone himnos sagrados que compitan con las canciones del Empíreo: es el pregonero del Evangelio, que ha recibido la sublime mision de cultivar la viña del Padre de familias, i defenderla con la espada de la

verdad contra los jabalies, i demas bestias feroces que intenten despedazarla. ¿Quién es el sacerdote? - es el hombre que invierte en la oracion largas vijilias, i se engolfa en el oceano de las sagradas Escrituras i Padres de la Iglesia, para sacar de allí el maná celestial con que debe apacentar el rebaño de Jesucristo. Tal debe ser el sacerdote, i tal es el retrato que se adapta con esactitud a la conducta del Ilmo. Señor Arzobispo MANUEL JOSE MOSQUERA. I si no, decidme, ¿donde se halla el impudente enemigo cuya osadia alcance a negar que su pureza anjelical no le acompañara hasta la tumba? que su beneficencia no acabara el hambre del mendigo, que su afabilidad no se estendiera hasta el miserable cubierto de asquerosos harapos? Preséntense aqui sus amigos, i dígnanos, si su amistad en lo estable no se asemejaba a la firmeza de una roca, si su trato familiar no les encantaba, i si mil veces no tuvieron ocasion de admirar sus virtudes privadas.

Sí, no es posible dudar que el Ilustrísimo Señor Arzobispo fué un Sacerdote perfecto: enemigo de figurar en la escena del mundo, huía de los honores; pero los honores iban a buscarlo. Ciencia tan eminente i conjunto tan raro de virtudes, no era posible que permanecieran en la oscuridad por largo tiempo: el mérito por sí solo se ostenta, i saca la cabeza por encima del manto con que la modestia pretende mantenerle encubierto: los grandes hombres brillan a despecho de la envidia, como brilla la Luna sin atender a los ladridos monotonos de los canes enfurecidos contra ella. A instancias del prelado de la Diócesis de Popayan, i de los ruegos de sus amigos, resolvió oponerse a la Canongia Doctoral de aquella Iglesia, i el Ilustrísimo Señor Jiménez le confirió en seguida el importante cargo de Provisor del Obispado, descansando del peso del Gobierno Eclesiástico en las luces, i actividad del Señor Mosquera. De esta suerte le preparaba el Hacedor Supremo para encargarle en seguida

la dirección de un rebaño mas numeroso i mas brillante.

Desempeñó el Provisorato con aquel tino i acierto que prometian su profundo saber, i su prudencia que se adelantaba a los años: Llegó por fin el momento dichoso para esta grei, en que el Congreso Granadino le propuso al Vicario de Jesucristo para llenar la vacante que habia dejado el Ilustrísimo Señor Cacedo, de gloriosa memoria.

Aquí quisiera levantar mi estilo mas allá de la esfera comun; mis ojos empiezan a descubrir mas de cerca virtudes eminentes, sufrimientos mayores, i triunfos mas espléndidos. Oh! con qué palabras pintaremos el templo de aquella alma grande que arrostra todos los peligros, i lucha con todas las desgracias por conservar intacto el sagrado depósito de la Doctrina Celestial; i que agota las heces del Cáliz de amargura hasta morir en extranjero clima por defender los sacrosantos derechos de su Iglesia. Os convido para que admireis conmigo en la segunda parte de esta Oracion el heroismo que desplegó en las batallas de la fé.

SEGUNDA PARTE.

Elevado el Ilmo. Sr. Mosquera a la sublime dignidad de Arzobispo de Bogotá, dijo Adios al bello país que le vió nacer, i entró en esta capital, cuyos numerosos habitantes le profesaban aprecio singular aun ántes de haberle conocido; porque la fama habia divulgado en toda la República la noticia de sus talentos i profundo saber: el balsámico olor de sus virtudes se habia difundido igualmente, como el fragante aroma de las flores se estiende en alas del zéfiro i embalsama los espacios.

Apénas tomó posesion del arzobispado cuando se dedicó a los arreglos de su iglesia, con aquella actividad infatigable que formaba su carácter distintivo: algunos años despues hizo una visita a las parroquias de la arquidiócesis, para confirmarlas en la fé, conocer

personalmente a los pastores i al rebaño, animar a unos con sus sabios consejos, corregir a otros con paternales amonestaciones, estirpar las costumbres menos conformes con la majestad del culto católico, i hacer, en una palabra, las vitales reformas que a la sazón necesitaba la disciplina eclesiástica. En todas partes se captó aquella vez la alta estimación del ilustrado clero granadino, i el amor i benevolencia de los fieles, que no se saciaban de prodigarle los elogios a que sus cualidades eran acreedoras.

El Ilustrísimo Señor Arzobispo realizó en su conducta, uno a uno, todos los rasgos de aquel bello retrato que hizo el Doctor de las jentes de lo que debe ser un Obispo: fué de tal manera irreprochable que sus mismos enemigos no pudieron enrostrarle la menor falta: el furor con que le persiguieron no provino sino de su firmeza incontrastable, i la firmeza es sin duda una de las virtudes mas preclaras. Bien persuadido de que su exaltación a la silla arzobispal no le llamaba a disfrutar honores, sino a sufrir fatigas i trabajos, consumió la primavera de su edad en el desempeño del ministerio laborioso del episcopado: sus maneras afectuosas para con el clero, i el respeto con que trataba a los sacerdotes, nos dan a conocer que no se reputaba como dueño de la Iglesia, sino como el primero de los trabajadores en la viña del Señor, i como hermano de los que adoran a Dios con un amor puro i sincero. Todas sus aspiraciones se circunscribieron a presentarse delante de los hombres como modelo de justicia, como espejo de virtud, como ejemplar de piedad, como pregonero de la verdad, como defensor de la fé, como doctor de los pueblos, como caudillo de los católicos, como amigo del esposo, i como paraninfo de la esposa: con la santidad de su vida i con su incansable vigilancia morigeraba las costumbres del Clero, i apacentaba el rebaño de Jesucristo: era refugio de los oprimidos, abogado de los pobres, esperanza de los mendigos, tutor de los pupilos, ojo del ciego, i báculo de los ancianos: i si

alguna vez se inmutaba la dulzura de su carácter era para presentarse como vengador de las iniquidades, como terror de los malvados, como gloria de los buenos, como azote de los impíos, como martillo de los tiranos, como censor de las leyes inicuas, como defensor de los cánones, como sal de la tierra, como antorcha de la Iglesia, i como Sacerdote del Altísimo.

Previendo desde aquel tiempo la época luctuosa que hoy atravesamos, se consagró con asiduidad a precaver a su rebaño de la peste de la herejía, que dejaba sentir cada vez mas de cerca su hálito emponzoñado, i sus bramidos tan espantosos, cual el fragor de tempestad lejana: sí, un monstruo horrendo, injente, tenebroso debia presentarse a batallar a cara descubierta contra la Iglesia de Jesucristo en la Nueva Granada; monstruo cubierto con la máscara de una falsa i funesta civilización: monstruo que con sus finjidos colores sedujo a los incautos: bestia informe, preñada de infeccion, de fetidez, de muerte, de infortunios i ruinas: monstruo en cuyos bazos erizados de serpientes se arrojaron por un momento los pueblos insensatos: bestia apocalíptica, en cuya frente se ven escritas estas aterradoras palabras, ATEISMO I ANARQUIA, CORRUPCION I MISERIA. Era el monstruo de la impiedad disfrazado con el bello manto de la democracia, que amenazaba devorar a la Esposa del Crucificado, i que aun trabaja con empeño en su destruccion. ¡Cuán pocos previeron sus terribles estragos! cuán pocos trabajaron por detener su carrera esterminadora! Mas la astucia diabólica de este infernal dragon, jamas pudo ocultarse a las miradas del vijilante atalaya de la Iglesia Granadina. Santamente alarmado, i prescintiendo las inmensas desgracias que amenazaban a su rebaño, se apercibe para el combate; en público le acomete con sus sabios escritos, i en privado con las armas de la oracion. ¿Quién puede leer sus pastorales sin sentir aquella profunda tristeza en que su alma se hallaba sumerjida? Unas veces exhorta al Clero a lidiar con in-

trepidez contra las doctrinas enemigas del dogma, i corruptoras de la pureza de la moral; otras dirije sus sentidas quejas a los padres de familias, i les suplica que vijilen en la educacion moral i relijiosa de sus hijos; otras descubre el veneno que se oculta en los libros prohibidos bajo la corteza de un lenguaje florido; otras. . . Mas parece que los pastores, i el rebaño se hallaban sepultados en profundo letargo: las pasiones ahogaron su voz, como las olas enfurecidas la del triste náufrago que reclama socorro. Si habeis presenciado los afanes, la agitacion, e impotentes esfuerzos de una avecilla madre, a quien el rústico desapiadado intenta arrebatár su nido i sus pellucos, tendreis una imájen del justo sobresalto que el Padre de los fieles de la Nueva Granada manifestaba viendo acercarse la injusta persecucion de su querida Iglesia: cual otro Jeremias sobre las ruinas de Jerusalem, lloraba la dispersion de su rebaño, i el envilecimiento de su patria.

Persuadido el Pastor de que en la espantosa crisis que amenazaba a la Iglesia Granadina, no quedaba otro recurso que el de oponer una ciencia sólida, i nutrida con la piedad, a la falsa sabiduría de los sacrílegos novadores; como tambien de que la virtud era eminentemente necesaria en el Clero, concibió el laudable designio de fundar un Seminario donde la juventud estudiosa, cultivara su entendimiento, e hiciera ricas provisiones de piedad para llevar a los pueblos, cuyos ojos iba a iluminar con la antorcha del Evanjélio, i a cuyos llagados corazones debia aplicar el bálsamo de la divina gracia. ¡Cuántas economías, cuántos esfuerzos le costó aquel plantel de educacion! ¡Con cuánta ternura trataba a sus queridos Levitas! ¡Con cuánto entusiasmo les exhortaba a marchar por la estrecha senda de la virtud, i a progresar en el estudio de las ciencias eclesiásticas! Viendo asegurada la existencia de aquel establecimiento donde se formaban los soldados que debian combatir contra los

emisarios del abismo, respiró por un momento: pero, ah! ¡Cuán pronto estalló la tempestad! i como cayó tambien aquel bello Colejio a impulsos de los ataques del infierno!

I, ¿con qué palabras pintaremos aquel zelo apostólico, aquella actividad con que daba evasion a tan complicados negocios? Ora le llamaba la atencion el despacho de las asuntos curiales; ora el recibimiento de aquellas personas virtuosas a quienes favoreció con su amistad; ora la lectura de los libros santos; ora la recitacion de las divinas alabanzas; ora las meditaciones mas profundas; i en medio de tan multiplicados quehaceres, su caridad no se desdeñaba de dar oídos al ínfimo mendigo que imploraba sus auxilios. Fué ciertamente el padre de su pueblo, i se sacrificó en su servicio. Diez i ocho años de una vida tan laboriosa gastaron su salud, i no era ya el mismo Arzobispo que en otro tiempo entró en esta capital, jóven, robusto i respirando vida: agotó su salud en obsequio de sus hermanos, i sus postreros años fueron para él tan amargos como el acíbar, i tan angustiados como los últimos momentos de un moribundo.

Oh! ¡cuándo se dará en la cátedra de la verdad un orador sagrado, que reuna tan eminentes prendas como el Ilustrísimo Señor Mosquera! Peréceme ver aquella figura majestuosa, aquella fisonomía imponente, i aquella accion tan natural i desembarazada: paréceme escuchar todavia aquella voz arjentina i dulce, que deramaba perfumes deliciosos en el corazon de sus oyentes. Si pintaba las bellezas de la virtud, i exhortaba a seguirla, diriais que destilaban de su boca las cristalinas gotas de un sabroso panal: combatiendo los errores, i debelando los vicios, su palabra era el trueno que llenaba de pavor a los malvados. El gran Bossuet, la gloria de la Francia, le aventajaria solo en hablar con un pueblo ilustrado, que apreciaba su mérito i virtudes. Cuando el ejército de los hijos de Israel desfallecia de sed i de cansancio, en los espantosos arc-

nales del desierto, no se precipitaba con tan grandes ansias al rededor de aquella roca de la cual habia hecho brotar copiosos manantiales la prodijiosa vara de Moises, como el pueblo bogotano se agolpaba al rededor de la cátedra de la verdad a escuchar la palabra divina de boca de su Pastor idolatrado: mas, así ya no nos quedan, sino la gloria de sus virtudes, i el recuerdo funesto de que le hemos perdido!

El príncipe de las tinieblas no podia sufrir mas largo tiempo la tranquilidad de la Iglesia, ni la felicidad de los pueblos; suscita una violenta tempestad, una persecucion a la Iglesia, que hará época en la historia de la Nueva Granada: entónces parecia que las furias se habian desencadenado, i recorrían toda la República, llevando en su mano la tea de la discordia e incendiando los corazones: por todas partes se encuentran hombres poseidos del furor, con los ojos ensangrentados, lanzando torvas i funestas miradas, i declarando guerra contra la Religión, contra la moral, contra el órden, i contra todo lo que conserve algunas señales del bien: sus mayores conatos se dirijian a humillar hasta el polvo la Iglesia de Jesucristo: los sacerdotes son perseguidos con tenacidad; se pretende imponer silencio a los pregoueros del Evangelio, se asestan contra el Pastor los tiros mas ciertos, con el objeto de herirle, dispersar el rebaño, i devorarle cual lobos carniceros.

A esta tempestad furibunda opone solamente la firmeza de su alma, i aquellas dos palabras del primer Vicario de Jesucristo: "Antes se debe obedecer a Dios que a los hombres." En vano se estrellaron contra él todos los furorés de la impiedad, como en vano azotan las olas enfurecidas en medio de los mares, el escollo que se burla de su impotencia, i las ve enmudecer a sus pies.

Era la noche en que la Iglesia celebra el Nacimiento de un Dios hombre en el establo belemítico: dulce noche que los astros inundaron con un torrente

vivísimo de luz; noche en que las flores brotan i la naturaleza sonríe a su Criador; noche que derrama el contento en el corazón cuitado de los míseros mortales; noche en que se oyeron por primera vez en este oscuro valle de miserias i llanto, las melifluas canciones de los Anjeles, anunciando la paz a los hombres, i la gloria al Dios de las batallas; noche que nos recuerda el anonadamiento de aquel Dios que con una mirada sacude i conmueve las columnas del Cielo, i en cuyo acatamiento se derriten los montes, como la cera a presencia del fuego: pues sabed, que en medio del regocijo universal, solo un hombre virtuoso derrama lágrimas de dolor, es el Ilustrísimo Señor Arzobispo, a quien se ha dado noticia de que algunos de sus ingratos hijos se preparan para derramar su sangre. No obstante su acerbo sentimiento, se encamina ácia la Catedral a recibir en sus manos al Dios Niño, i a pedirle el perdón para sus enemigos. Concluido el Sacrificio, regresa a su palacio por medio de dos filas de católicos amantes i denodados; pero llevando fuertemente clavadas en su pecho las saetas del dolor! ¡Eterna alabanza a los defensores de la virtud! ¡Ignominia sin término a sus perseguidores!

Varon tan eminente en santidad i ciencia, debia ser por precision el blanco de la envidia, i de las rastroseras e insensatas pasiones de algunos granadinos desnaturalizados, que disfrazándose con el manto sagrado de la Libertad, ejecutaron en su nombre crímenes que un pecho jeneroso no puede recordar sin indignacion. Aspiró la grosera Ignorancia a ocupar el lugar de la Ciencia, la Envidia lívida i descarnada buscaba en quien cebar su ávido diente, i la Ambicion compañera de todos los delitos, solicitaba un teatro para sus delicias: estas viles pasiones se coligaron con la Impiedad impudente i desenfrenada para consumir el atentado mas escandaloso, para perpetrar el parricidio mas atroz. Persuadidas de que la firmeza del Pastor de la Iglesia no permitiria abri-

una sola brecha en la casa de Dios, le tendieron un lazo sancionando leyes iníquas, que el sentido común ha reprobado, e imputándole a crimen el haber protestado contra ellas. Espidióse contra el Ilustrísimo Señor Arzobispo el decreto de estrañamiento, o de espulsion del territorio de la República; i era imposible que la Estupidez, cuyos rabiosos ojos tiene cerrados una venda de hierro, no se prestára gustosa a darle su sancion. De esta manera ¡oh patria! ¡oh patria mia! eclipsaron tus glorias, despedazaron tus laureles, e imprimieron un sello de ignominia en tu cándida frente; en esa frente que no presentas ya con orgullo delante de las naciones civilizadas. ¡Levantáos de la tumba Bolívarés, Nariños, Cálidas i Ricaurtes! ¡Sábios i guerreros, levantáos de la tumba! i ved si esta es la familia de hermanos que quisisteis formar! ¡Ved si este es el pueblo cuyas coyundas ignominiosas rompió vuestra espada, i cuya libertad conquistásteis con vuestra sangre! ¡Levantáos de la tumba, próceres todos de la independenciam! i veréis con indignacion, aquí, destilando la sangre de una víctima que en vano reclama la venganza; allí, sucumbiendo el probo ciudadano al golpe de viles azotes; allá, al hombre virtuoso arrastrando las cadenas en la oscuridad de una prision; en otra parte, oprimida la púdica doncella, el sacerdocio despreciado i envilecido, el mérito proscrito, la virtud perseguida, entronizado el crimen, la Religion hollada. . . . ¿Por qué cubrís vuestros rostros? . . . ¿Por qué se erizan de terror vuestras cabelleras. . . .? Huid pronto de la luz, volvéos al polvo de la tumba. . . . pero llevad el consuelo de que las víctimas honran a su patria, tanto como los tiranos la cubren de ignominia.

Yacía el ilustré Prelado en un lecho de dolor; pero las furias de la impiedad, que desconocen todo sentimiento de filantropía, corren a notificarle que debe abandonar el suelo patrio: les contesta que está pronto a obedecer al César, i que ántes de partir

pedirá al Señor que su destierro, o su muerte pongan término a las divisiones intestinas de la República. La funesta noticia hiere los oídos del pueblo, que se agolpa al Palacio Arzobispal, llora, i sus jemidos penetran, vulneran, despedazan con tal vehemencia el corazón del amante Pastor, que la palabra se ahoga en su garganta, i entrando en su aposento, solloza, i mitiga algun tanto su dolor con un abundante arroyo de lágrimas: al mismo tiempo se hacen públicas plegarias por su salud en todas las iglesias de la ciudad, i se suplica al Padre celestial que ablande el corazón de los enemigos, pero en vano. Apenas consigue una lijera reposición a favor del temperamento en un pueblo cercano a Bogotá, cuando suspira por aquella marcha tan deseada de sus enemigos, como llorada de sus hijos, se despide primero por medio de una pastoral llena de ternura, de unción i de sabiduría, en la cual exhorta a los granadinos católicos a que unan su voluntad con la voluntad del Ser Supremo, i a que imiten la constancia de los mártires, si los apóstatas pretendieren alguna vez arrancarles con violencia la fé.

Llega por fin a Cartajena, ciudad litoral de la Nueva Granada, i se embarca acompañado de un hermano querido, i de un Sacerdote joven, virtuoso i sábio: el viento infla las velas, los marineros comienzan sus monótonos cantares, i las riberas se alejan poco a poco; pero ántes de perderlas de vista, colocado de pié en la elevada popa del bajel, el Pastor bondadoso levanta al Cielo su corazón, i sus ojos bañados en lágrimas: estiende su mano para dar la bendición al rebaño que sus ojos no volverán a ver jamas; las olas suspenden por un momento su fragoroso estruendo para escuchar las palabras de sus ardientes votos: entónces, en vez de esclamar como Escipion, el vencedor de la Africa, cuando para ir al destierro se despedia de la injusta Roma, "¡ingrata patria! no poseerás ni aun mis cenizas," ¡hasta cuando, dice, ¡oh

Dios clemente! permitireis que mis enemigos permanezcan con los ojos cerrados a la luz de la verdad eterna? Son mis hijos, les amo, i por salvarles haria gustoso el sacrificio de mi vida: permitid, Señor, que mis cenizas, si algun dia regresaren a mi patria, no sirvan para acusarles el parricidio, sino para mover a penitencia sus corazones empedernidos! florezca en este país que me vió nacer, la viña que regasteis con vuestra sangre desde el Calvario! ¡Oh dolor! si sucederá que mientras las divinas corrientes de la gracia fertilizan el mundo católico, solo mi patria perezca de sed, i mis hijos presenten el triste espectáculo de un rebaño que no tiene Pastor! Baste una víctima a vuestra justicia, aquí la teneis, descargad el golpe. I tú tambien, ¡oh jóven sacerdote! sentiste sus dolores, recojiste sus lágrimas, i ofreciste tu existencia en holocausto de propiciacion: tus ardientes votos fueron escuchados, i la muerte voló a cortar el precioso estambre de tus dias en lo mas florido de tu edad. Empero, no es mi pluma la que puede pintar el agudo sentimiento que atravesó el corazon del Ilustre Proscrito, cuando vió a su compañero de destierro agonizando en el lecho de muerte, cuando le dió el tierno abrazo de eterna despedida, cuando oyó el estallido del cañon, anunciando que sus restos mortales habian sido arrojados al lecho de los mares. No era la tierra digna de poseerte, ¡querido amigo! debias encontrar en el océano un sepulcro tan amplio como grande fué tu alma.

Huella por fin el Ilmo. Señor Arzobispo el territorio de la Union Americana, i sus laboriosos habitantes le saludan con el glorioso dictado de "Confesor de la fe Católica," se se le colma de honores, se le prodigan atenciones, pero no halla consuelo. Lejos de su rebaño i de su cara patria, la llaga dolorosa de su alma se irrita, se exacerba con los mismos confortativos i bálsamos que se le aplican para calmarla: el cautivo i mísero israelita que en las frondosas orillas

de los rios de Babilonia suspendia de los sauces su cítara sonora, condenándola a eterno silencio por hallarse fuera de los muros de su querida Sion, en donde residia con la memoria, no presenta a la imaginacion herida del dolor rasgos tan tristes, sentimientos tan tiernos i profundos, como el Pastor arrancado del seno de su grei, solicitando hospitalidad en los hogares de un pais extranjero. Allí, enmedio de los aplausos que un pueblo ilustrado tributa a sus virtudes, el magnánimo Proscrito llora inconsolable, porque recuerda que sus hijos se hallan desamparados, que son presa de los furoros de la impiedad, que ha invadido a su patria como un mar tempestuoso que no respeta los límites que la naturaleza le ha señalado, que amenaza absorberlo todo en su curso impetuoso, i arrancar hasta la última piedra del edificio eterno de la Iglesia.

Entretanto, los fieles del Arzobispado se hallaban inciertos acerca de la salud de su Pastor querido; las noticias que de ella nos llegaban unas veces eran consoladoras, otras veces adversas. El desdichado prisionero que arrastra las cadenas de la esclavitud en las infectas masmorras de oscuro calabozo, si consigue ablandar la fiereza de sus enemigos, i que le concedan una lámpara para gozar de la luz, único consuelo de los desgraciados, se inquieta i entristece, cuando por carencia de pábulo, su lámpara empieza a desfallecer i oscurecerse: cuando refleja ya tristemente sus rayos, cuando se recoge por un instante, cuando oculta su brillo, i cuando parece que ha muerto, el prisionero llora inconsolable los horrores de la oscuridad; pero si de repente esa luz se reanima, reanímase con ella el ánimo del desdichado. El Ilmo. Señor Arzobispo es esa antorcha, que colocada sobre el candelero de oro de la Iglesia, animaba nuestra fe: ese prisionero es el rebaño, que fluctuó entre el temor, i la esperanza, i siguió en su alegría, i en su dolor las alternativas de esa luz moribunda. Parece que la balanza de la justicia i misericordia de Dios, estuvo algun tiempo

indecisa para inclinarse; pero al fin el peso de nuestros pecados la inclinaron a la desgracia, i esa luz no brillará mas entre nosotros.

El Ilmo. Señor Arzobispo surca de nuevo los procelosos mares, i desembarca en las riberas de la Francia; desde allí se encamina a Paris, donde el clero, los fieles, i altos personajes le acogen con benignidad, le obsequian, le aman, i le admiran. ¡Oh Francia! oh patria de ínclitos varones! cuna i asilo de la civilizacion moderna! pueblo ilustre, jeneroso i hospitalario! sabed que la acogida que hicisteis al Pastor de los fieles de la Nueva Granada, la reputaremos cual si la hubierais hecho con cada uno de nosotros mismos: no dudeis que la gratitud vivirá siempre en nuestros corazones.

Estando en Paris se agravaron los dolores de la enfermedad al Ilmo. Señor Arzobispo; la Iglesia elevó al Cielo fervientes oraciones por el restablecimiento de su salud preciosa; pero apesar de una momentánea reposicion, presajia su cercano fin, i siente la helada huella de la muerte que se posa sobre su cabeza. La Santidad de Pio IX le dirige una carta que respira ternura paternal, i la Capital del mundo católico le prepara magníficos honores, i un recibimiento digno de sus virtudes, i de la munificencia del Soberano Pontífice. El ilustre Proscrito no desea sino morir en los brazos del Padre universal de los fieles, i en una carta llena de ternura que envia en contestacion al gran Pio IX, manifiesta su anhelo i su tristeza: *¡Iré, i veré a mi Padre antes que muera!* No son mas tiernos los melodiosos trinos de un blanco cisne, que abrumado bajo el peso de los años, i presintiendo el término próximo de sus dias, se sienta en la elevada copa del árbol plantado a las márgenes de un caudaloso río, dice Adios a su nido, i por última vez hace resonar con sus dulces acentos los encantados bosques que le vieron nacer. ¡Ah! solo un paso distaba del sepulcro el ilustre Arzobispo! En Marsella se estinguió la antorcha de su

vida, i su postrera súplica fué pidiendo al Señor la paz de la Iglesia, i las bendiciones del Cielo para su huérfano rebaño; i como en medio del humo del incienso se elevan al Empíreo las oraciones de los Santos, así voló su alma pura para buscar el eternal reposo en el seno de Dios. ¡No vió a su Padre! era necesario para la perfeccion de su retrato moral, que ni una sola gota de consuelo disminuyera la amargura de su caliz. Temístocles, muriendo en el destierro, es sin duda mas grande, que conduciendo a la victoria las numerosas huestes de la soberbia Atenas: Bolivar, exhalando el último suspiro en las playas que azota el mar de las Antillas, i abandonado por aquellos mismos a quienes diera libertad, presenta una figura mas colosal, que cuando humillaba el orgullo de los leones de Iberia en los campos de batalla, o cuando se sentaba en la silla presidencial de la antigua Colombia; i el Ilmo. Señor Arzobispo Manuel José Mosquera, muriendo en extranjero clima, i en camino para Roma, suspirado objeto de sus descos, es mas sublime que si hubiera terminado sus dias en el seno de su rebaño, o en los brazos del Príncipe de la Iglesia universal.

Consumasteis vuestra obra! enemigos de la Iglesia granadina! consumasteis vuestra obra, i veo que la sonrisa baña vuestros labios; pero temblad, insensatos, que habeis cerrado vuestros oidos con válvulas de bronce para que no pueda penetrar en ellos la voz de la verdad, ni los tristes jemicos de la víctima: temblad, que yo os emplazo para el dia formidable de las celestiales venganzas. ¡Ai de vosotros si no lavareis con abundantes lágrimas la negra mancha de vuestro horrendo crimen! Aguardad el dia funesto en que soplará como un torbellino la ira de Dios, en que un torrente de fuego reducirá a pavezas al Universo consternado i agonizante, en que una voz terrible notificará a la naturaleza el decreto de su última catástrofe, en que finarán los imperios, caducarán las mundanales glorias, i en que no quedará a los impios i opresores de

la humanidad, sino llanto en los ojos, i crueles remordimientos en el corazon: la memoria del mal que ejecutaron, les arrancará desde el fondo del alma esta confesion tan tardía como desesperada: "erramos el camino de la verdad." El horroroso trueno de la naturaleza conjurada contra ellos, les arrojará a la mansion de eterna desventura, llevando impresas en su pálida frente las señales del rayo vengador. Entónces, la inocencia será vindicada; entónces, una corona brillante de gloria inmortal ceñirá la cabeza del Justo, i la eternidad sellará la suerte de los hijos de Dios, i los tormentos de los hombres malvados. No siempre el carnicero lobo aterrará las selvas con sus ruidos espantosos, no siempre el feroz tigre se cebará en la matanza del rebaño indefenso, ni siempre famélicos reptiles destrozarán con impunidad la viña del Señor.

¡ vos, valiente i jeneroso atleta de la Iglesia granadina, a quien la muerte no ha hecho sino libertar de los lazos del cuerpo, vivid, vivid para siempre en el seno de Dios, i sabed que vuestro grato nombre jamas se borrará de nuestra memoria: estas lágrimas, esta desolación, estas plegarias son el homenaje mas precioso que podemos ofreceros de nuestra gratitud i de nuestro amor. Radiante de celestiales luces, con la cabeza adornada de la aureola del martirio, i llevando en la mano el báculo con que apacentabais vuestro rebaño, presentaos delante del trono de Dios, e implorad su misericordia para que se contenga el torrente asolador de la impiedad, que ha invadido esta república desventurada. ¡ vos, ¡oh Dios eterno! premiad al Justo sus virtudes, i dirijid una mirada piadosa sobre esta Iglesia por tanto tiempo perseguida, hoy cubierta de luto, i presa del dolor.

FIN